

EL CANTO DE LA CIGARRA

Ahora entiendo por qué, cuando se llega al ocaso de la vida con la certeza de haber alcanzado el sueño que desde joven se anhela, dicen que uno está listo para emprender el vuelo hacia ninguna parte, pues en el poder despertar el puñado de efímeras ilusiones que, en su intento por renacer, fracasaron en el pasado, se escondería la sinrazón de volver a volar contra el viento sin la fuerza ni el tiempo necesarios para acariciar nuevos sueños. Por eso, ahora que soy un viejo carcomido por el paso de los años, con la serenidad que aporta el haber logrado mis pretensiones, quiero mostrar el sueño de un muchacho llamado Adrián, sus ilusiones, y contar su historia, tal vez porque en esencia sea semejante a la de muchos otros. Este es un relato entrañable que comenzó hace mucho, siendo aún yo uno de tantos jóvenes llenos de esperanzas, esas que en la apasionante aventura de vivir, mientras la cigarra canta, vamos intentando convertir en metas logradas:

...El siguiente es José, la alegría de la consulta, –dijo Juana (la médico que tutelaba las prácticas ambulatorias de verano de Adrián)- Tras tres golpes, la puerta empezó a abrirse y en la penumbra de la habitación se proyectó la temblorosa sombra de aquel viejo hombre de pelo cano y ojos claros, encogido, cabizbajo, de aspecto nostálgico, seguramente recordando tiempos mejores, cuando para él la artrosis era sólo una enfermedad de ancianos y el parkinson un mal que únicamente afectaba a unos pocos. Con pasos cortos, pero decididos, y ayudándose de un bastón color caoba, se acercó hasta la mesa. Juana extendió la mano desde el otro lado sin levantarse de su silla, como acostumbraba con él, y José, de pie, tomándola con cuidado e intentando controlar sin éxito su temblor, la besó con respeto como hacían los antiguos.

El paso del tiempo y el dolor que había llenado esta última parte de su vida, habían dejado huella en su arrugada cara, pero no habían podido esconder esa pizca de felicidad que le hacía distinto a otros que vinieron antes que él.

-¿Qué le pasa, José?, ¿cómo van esos dolores? –preguntó interesada Doña Juana.

Él, sin mediar palabra alguna, permaneció mirando al suelo unos instantes... y rompió a llorar como un niño.

-María ha muerto, doctora -dijo entrecortado-. Tengo miedo. Han sido cuarenta y ocho años junto a ella y no podré acostumbrarme a estar un solo día sin verla a mi lado mientras duerme, sin tenerla cada mañana para regalarle el beso con el que la invitaba a

vivir un nuevo día junto a mí. Estaba muy malita, ¿sabe? Ya ni me reconocía, el cáncer le había llegado al cerebro y nos habían dicho que le quedaban menos de dos meses. ¡Pero ha sido tan repentino! Mis hijos viven fuera, vendrán un par de días y marcharán de nuevo. Ellos llevan allí sus vidas y yo tengo aquí todo. Tengo miedo, doctora, miedo a quedarme solo.

Adrián, aguantando un nudo en la garganta, no pudo encontrar entre sus conocimientos de medicina un fármaco para José. No le habían enseñado nunca en la facultad a enfrentarse a un caso así. Estaba seguro de que entre todos esos montones de apuntes que en cinco años le habían hecho estudiar, no encontraría ni una sola frase que le indicase cómo actuar en esta ocasión. Juana optó por levantarse, acercarse a él, y allí, de cuclillas y mirándole a sus ojos, le cogió la mano y acercó el pulgar a su mejilla dibujándole una sonrisa.

Lo que José le pedía no era un milagro. Por una vez no venía a que le recetase sus pastillas. No le pedía vida para su esposa, sino un rato de comprensión y alguien con quien poder charlar y llorar tranquilo.

Poco después José volvió a levantarse de la silla, y con pasos cortos pero decididos, tal y como había llegado, se dirigió hasta la puerta, encogido y cabizbajo, pero con el alivio de haber compartido su tristeza. Se secó las lágrimas y marchó despacio, esperando que llegasen tiempos mejores...

Al acabar la jornada, como cada una de aquellas calurosas mañanas cordobesas, Adrián se dirigía por el camino más corto hacia su casa, ubicada a medio camino entre el centro y la parte más antigua de la ciudad, a la que echaba de menos durante el invierno, pues cursaba sus estudios en la capital. Así, aprovechando las oportunas sombras que proyectaban los balcones, con la bata al hombro y el estómago algo impaciente y deseoso de iniciar su habitual tarea postprandial, llegaba por fin a su destino. Suerte que en la plaza de un barrio vecino en la que a esas horas se solían reunir los más viejos, unos para hablar de sus cosas y otros para atenuar el lento paso del tiempo que marcaba su soledad, se encontraba una fuente que aliviaba en parte el cansancio del trayecto.

Los días iban pasando. Cada mañana, sentado al lado de Doña Juana, atendían a decenas de pacientes. A pesar de que aquellas prácticas duraban sólo la segunda quincena del mes de julio, a muchos de ellos los acabó conociendo, incluso lo saludaban por la calle. El último día, un viernes, al final de la mañana, tras ver a más de cuarenta pacientes y con el ánimo mermado por la cantidad de trabajo de aquella jornada, mientras Doña Juana buscaba si tenía que hacer alguna visita domiciliaria, alguien llamó

a la puerta. Era de nuevo José, había llegado tarde y se había quedado esperando a que terminase el último. Aún apenado por la pérdida, recogió como cada mes sus medicinas. Les estuvo hablando de su situación. Era sorprendente la entereza con la que trataba el tema de su esposa, pues en ningún momento perdió la esperanza de afrontar su futuro más próximo pleno de ilusión.

-¿Hay algo más que pueda hacer por usted? -le preguntó Juana, algo entristecida aún al recordar su historia.

Él, dibujando en sus mejillas el ademán de una sonrisa, le contestó:

-Es muy fácil, Doña Juana, nunca pierda la ilusión, y sobre todo sonría, por favor, sonría.

Estas palabras quedaron grabadas en el recuerdo de Adrián.

Aquellos días de prácticas le estaban sirviendo para darse cuenta de que muchas veces ser médico no sólo es estudiar un sin fin de síntomas y signos y dar pastillas, y pensó que durante mucho tiempo se estuvo preguntando qué clase de médico querría llegar a ser, sin preocuparse por descubrir lo que en verdad cada paciente querría esperar de él. Entonces empezó a comprender las verdaderas dimensiones de la carrera que había escogido.

Ese día llegó a su casa, se tumbó en la cama y empezó a hacerse preguntas sobre su futuro. Llevaba tiempo pensando que estaba a las puertas de terminar su estancia en la Facultad de Medicina y se hallaba invadido por una enorme inseguridad, la de no saber cómo afrontar lo desconocido, pues pese a llevar más de cinco años estudiando y un expediente aceptable, tenía la desesperante sensación de no saber prácticamente nada, y se apoyaba en la frustrante excusa de aceptar que eso le pasaba a todo el que se encontraba en su situación. Además, veía resignado tener que dar la razón a aquellos que le dijeron desde el principio que parte de las motivaciones que un día le hicieron escoger ser médico eran las comunes utopías del recién llegado a esa carrera. Y al mirar hacia el futuro, ante la interminable lista de obstáculos que aún le quedaban por superar, hubo momentos en los que se preguntó si aquella era su verdadera vocación, si merecería la pena pasar tantos años de su vida machacándose para empezar entonces a buscar un trabajo que no le aseguraba nadie. Fueron tiempos de meditar y pensar sobre aspectos básicos de la vida que acechaban su mente por primera vez. Pero aún quedaba la mitad de aquel verano y era tiempo de disfrutar un poco.

Pasaron los días y, cuando la rutina típica de los días de vacaciones se empezaba a apoderar de la vida de nuestro protagonista, ocurrió algo que marcó para siempre su

historia: paseaba como cada tarde por los alrededores del barrio con Pequeño Darty, un viejo pequinés de largo pelo blanco y ojos negros que le había acompañado durante los últimos doce años de su vida, cuando le pareció escuchar un débil siseo que procedía del otro lado de la acera, en la plaza, junto a los bancos de la fuente, aquella en la que semanas atrás solía pararse al volver del ambulatorio. Bajo la sombra de un viejo chopo atisbó la encorvada figura de quien parecía llamarle. Al cruzarse sus miradas, con un gesto le indicó que se acercase. A paso lento se dirigió intrigado hacia aquel hombre. Cuando se encontraba a tan sólo unos metros, pudo distinguir en aquella figura el inconfundible rostro de José, que se había separado unos pasos de sus nuevos compañeros, con los que compartía el final de las largas tardes veraniegas. Este se dirigió a Adrián:

-Disculpa, ¿te importaría decirme tu nombre? Desde que coincidimos en la consulta te he visto pasear con tu perro más de una vez y llevo unos días intentando buscarte.

Adrián, sorprendido ante aquella desconcertante situación, le respondió amablemente y se interesó por su estado. Los ojos del anciano emanaban una nostalgia desmedida. Siguieron charlando unos instantes, hasta que el más joven se despidió diciendo que tenía prisa. José, apresurado, se echó la mano al bolsillo y sacó un papel arrugado, ya gris y agrietado por el paso de los años. Se lo entregó pidiéndole por favor que lo leyese más tarde, y que ya sabía donde encontrarle. Adrián, llevando de la mano el collar que lo unía a Pequeño Darty, se encaminó hacia su casa. Nada más llegar, se sentó a los pies de su cama y empezó a leer aquel trozo de papel:

“Ser médico no es una forma de ganarse la vida, sino una manera de regalarla, o cuanto menos, de hacerla más llevadera. ¡Qué gran suerte!, ¡qué gran responsabilidad!... Pero, ¡qué pena que se olvide tan pronto! Tendrás al alcance de la mano el camino que conduce a conseguir una vida plena de entusiasmo y felicidad, una vida en la que hacer realidad un sueño (o ayudar a conseguirlo) es parte de aquello que debiera considerarse casi cotidiano, una vida que se llenará con la ciega confianza que cada día cada paciente te ponga sobre la mesa. Tendrás muy cerca la posibilidad de hacer palpable el sueño de hacer la vida un poco más feliz, pero... ¡Están robando todas esas ilusiones, se están llevando la esperanza! La sociedad propone otra clase de médico. ¡Todo es tan complejo!, ¡y la vida tan sencilla! Soy de los que piensan que todo es mucho más fácil. Sólo consiste en...”

A partir de ahí las letras estaban emborronadas. Pero era extraño, parecía que las habían ocultado intencionadamente. Lo único que se podía leer era una fecha al final del texto: “ocho de julio de mil novecientos cuarenta y nueve”.

Adrián no sabía qué le quería decir con todo aquello, pero lo que era seguro es que había conseguido intrigarle, y que la continuación de esa carta era algo que quería saber. Aquel viejo hombre le inspiraba confianza, y tenía la impresión de que le hablaba desde su propia experiencia.

Al día siguiente, cercana ya la noche, volvió a la vieja fuente buscando a aquella misteriosa persona. Se le había hecho tarde y temía no encontrarlo. Pequeño Darty imprimía un paso ligero, como siendo consciente de la hora que era. Por fin llegaron, aunque algo extasiados tras tanta prisa. Allí, sentado en uno de los bancos, se encontraba aún José, esta vez solo, golpeando suavemente con los dedos la empuñadura plateada de un bastón color caoba, con ritmo cadente, al compás de los cambios de intensidad del chorro de la fuente, que proporcionaba a aquella plaza un sonido peculiar. Al sentir sus pasos levantó la mirada y, al verle, agarró fuertemente el bastón y se incorporó con esfuerzo.

-Sabía que vendrías, te he estado esperando, -le dijo.

-¿Ha venido usted solo? -preguntó Adrián.

-No, estuve con otros abuelillos como yo. Aquí nos reunimos, todos los días igual, pasando la tarde, pero ya se fueron todos. Sólo me quedé para esperarte.

-¡Uff!, ¡vaya!, lo siento -se excusó educadamente.

-No te preocupes, llevaba tiempo esperando a alguien como tú. Estoy aquí para escucharte.

Adrián, impaciente, se interesó por la continuación de aquella carta.

-¡La vida!, quiero saber en qué consiste para usted la vida, porque en la carta me dejaba a medias.

-¡Eso quisiera saberlo cualquiera, jovenzuelo! -respondió sonriendo-. Tendría tantos significados como quisieras buscarle, pero permíteme un consejo de abuelo: con el paso de los años te das cuenta de que has de luchar por sacarle todo el jugo a cada momento, cada uno desde su posición, y tú, como futuro médico, debes empezar desde ya a preocuparte por ello.

-Si le soy sincero, ahora atravieso una etapa en la que me cuestiono muchas cosas, entre ellas mi motivación para estudiar, para seguir adelante en una carrera que más de una vez he calificado de interminable. Ayer, al empezar a leer su carta, me

encontré con el inicio de una posible respuesta a mis dudas. Por eso quiero saber cómo sigue...

-Lo que te quería decir –intentó explicarle- es que para mí todo consiste en creer en un proyecto, el proyecto de nuestra historia, la que cada uno empieza a escribir desde que nace. En cada una de las situaciones con las que nos encontramos, intentamos actuar conforme a nuestros valores, en función de nuestra escala de prioridades.

-¿Escala de prioridades? Eso está muy bien, pero pienso que aunque sea inconscientemente todo el mundo tiene una escala de esas de las que usted habla. Incluso yo, que nunca lo había pensado, tendré la mía; sin embargo, para mí eso no cambia nada.

-¡Sí lo cambia!, Adrián -contestó enérgico José-, porque esa escala está influenciada en mucho por aspectos cotidianos de la sociedad que nos rodea, que se acercarán más a la clase de médico que la sociedad propone que al que cada uno quisiera ser. Y eso desgasta y va mermando poco a poco la motivación, y cuando la motivación falla, se empieza a poner en duda la base de la vocación, de la opción de toda una vida.

-Si me quiere decir que a este paso voy a perder mi vocación, es lo que me faltaba.

-No es lo que quiero transmitirte hombre –dijo José intentando tranquilizarle-. Al contrario, hay que enfrentarse a eso. Hoy es el momento de empezar a luchar frente a ese nuevo modelo de médico que se pretende imponer. Todos nos dejamos influenciar por los mismos factores. La solución está en adelantarse a esta situación y tener cuanto antes configurado un proyecto personal sostenido por pilares bien fijados, enlazados unos con otros mediante la fuerte unión que supone la solidaridad, base fundamental de los valores humanos. Creo que la solidaridad está fuertemente ligada a la profesión que has escogido. Es condición y consecuencia de ella. El servicio de la Medicina al mundo debió contemplar siempre juntas las dimensiones de solidaridad y entrega como dos caras inseparables. Aquí se toca la esencia de la vida y encuentra el médico su razón de ser...

-Pare un momento, por favor, que me pierdo. Todo eso está muy bien, pero algún día llegaré a ser médico y entonces trataré con enfermos de verdad, que tendrán dolores de verdad y a los que habrá que curar de verdad, por eso me pregunto cómo influye en esa escala de prioridades la solidaridad de la que usted habla, en cuanto a la práctica; es decir, en mi relación con los pacientes.

-Muy sencillo, querido Adrián, ¿qué clase de médico sería aquel que no comprendiese que la labor que desempeña de curar está por encima de cualquier

remuneración económica? No digo que no sea necesario el dinero, sino que muchos médicos deberían concienciarse de que la actitud solidaria de vida personal es radicalmente opuesta al distanciamiento que ofrecen el consumismo y materialismo modernos, pues trata de modelar las propias pretensiones viéndose afectada en la mayoría de los casos la responsabilidad para con el paciente. Esta actitud requiere que se combata la explotación del dinero y el confort, del derroche y el conformismo, del ritmo que marca la comodidad,... Esta actitud significa poner a disposición de los otros nuestro tiempo y atención, nuestra escucha y diálogo, y también nuestros conocimientos para orientarnos con la a veces tenue luz que la Medicina nos propone. Así influye la solidaridad.

-Está bien, no crea que no lo entiendo. Llevo mucho tiempo pensando de forma parecida. Pero, ¿qué me quiere decir con todo esto?

-Quiero hacerte partícipe de mi proyecto, el proyecto de toda una vida gastada en intentar alcanzar una meta –le aclaró José-. Normalmente nos solemos quejar de que nos falta tiempo. Muy pocas veces el problema es que nos sobre, de manera que casi nunca tenemos un hueco para pensar en aspectos de la vida que nos conciernen directamente. Este puede ser, si tú quieres, uno de esos paréntesis que nos aparta por un momento de la rutina diaria. Te propongo algo: puede ser una buena oportunidad para revisar tus cimientos, sobre los cuales se sostendrá el futuro de tu vida profesional. ¿Qué clase de médico quieres ser? Te propongo meditar un poco sobre el proyecto que antes comentaba, tu proyecto personal de vida centrado en algo que a todos los que aquí nos reunimos nos atañe: nuestra manera de actuar en cada una de las situaciones con las que siendo médico te encuentres.

-Está bien, pero permítame una pregunta: ¿por qué yo? Apenas le conozco y ya le estoy contando mis problemas. ¿Quién es usted?, ¿a qué se dedica?. Necesito saber algo más a parte de su nombre, ¿no le parece? -inquirió Adrián desconcertado.

José, tras una jocosa carcajada al escuchar estas palabras, le dijo: -Tienes toda la razón del mundo, lo siento. Pensarás que soy un maleducado...

De repente, un ruido ensordecedor desvió su atención. Justo detrás suya el frenazo de un coche intentaba evitar la colisión contra algunas personas que cruzaban de acera. No lo consiguió. El golpe fue aterrador. Muchos de los allí presentes aún recordarán la forma en que un joven muchacho de escasos veinte años salía despedido por encima de aquel vehículo. Todos corrieron hacia el lugar. Adrián llegó el primero y, haciendo uso de sus aún escasos recursos médicos ante una urgencia de ese tipo, empezó

a atender al muchacho. Tras comprobar las constantes observó una fractura abierta en la tibia, posiblemente alguna costilla rota y un fuerte traumatismo craneal que le había hecho perder la conciencia. Cuando continuaba evaluando los signos vitales, apareció entre la multitud José. Lentamente se agachó y, de rodillas, al lado de Adrián, exclamó dirigiéndose a los que se agolpaban junto al herido:

-¡Hagan el favor de despejar la zona. Soy médico, y este joven necesita ayuda!

Los dos se miraron. El más viejo sacó un pañuelo del bolsillo de la camisa y se lo dio a Adrián, diciéndole:

-¡Vamos chico, aguántale fijamente la cabeza y sujétale la lengua con esto mientras yo intento detener esa hemorragia!

Adrián, un tanto perplejo ante las palabras de su improvisado compañero, reaccionó al instante e hizo lo que le había dicho. Mientras, José continuaba explorando al accidentado en busca de otras lesiones importantes. Pocos minutos más tarde empezaron a escuchar la sirena de la ambulancia, que no tardó en trasladar al enfermo al hospital. La gente, viendo que allí ya no había nada interesante, empezó a marcharse. Poco a poco se quedaron de nuevo solos en medio de un silencio sólo interrumpido por los cascados ladridos del viejo Pequeño Darty.

-Mira cómo te has puesto, estás lleno de sangre. Vivo aquí cerca, si quieres vienes y te lavas un poco -dijo José.

El otro, aún desorientado tras lo que había ocurrido, asintió resoplando y algo sudoroso. Era la primera vez que se había sentido como un médico, pero no cualquier médico, sino uno de esos de las series y las películas, de los que “salvan vidas”.

José, algo más acostumbrado a escenas de este tipo, pasó la mano por detrás del cuello de Adrián y juntos se dirigieron calle abajo.

-Así que usted es médico, ¿podía habérmelo dicho antes!

No hubiera tenido ningún problema en hacerlo, pero no me lo preguntaste.

-¿Sabe una cosa? Al verle sentado al lado de ese joven me he quedado observándole y me ha llamado la atención que tras tantos años mantenga usted esa entrega y pasión. Ojalá llegue a sus años con esa fuerza y esas ganas de luchar. ¿Cuál es el truco?-preguntó inocentemente.

-Ilusión, Adrián. Nunca pierdas la ilusión. Esfuérzate cada día por aprender algo nuevo, y nunca tengas la tentación de creer que ya lo sabes todo. Piensa en cada paciente como si fueses tú, y lucha por su vida como si la que estuviese en juego fuese la tuya.

Ambos siguieron el camino callados, pensando en lo ocurrido. Incluso el perro paseaba plácidamente sin emitir ruido alguno. En pocos minutos llegaron a su casa. Era pequeña y parecía muy antigua, situada en una de las partes más típicas de la ciudad, el barrio de la Judería, lugar privilegiado para muchos, laberinto de estrechas calles blanqueadas, adornadas con decenas de mercados repletos de cuero repujado, plata y porcelana; salpicadas con los vivos colores de las ropas de los turistas que, mezclados con gente del lugar, saborean desde antaño en las tascas y bodeguillas de la zona una fina copa de buen vino blanco, y embrujadas por la herencia de una cultura que vistió la ciudad con el influjo de lo romano, lo cristiano y lo árabe.

Allí, parados ante una desgastada puerta de madera, sacó José del pantalón una llave hueca. Nada más entrar, una verja negra de finos y trenzados barrotes les separaba del interior. Cogió una segunda llave y pasaron a un descansillo en el que iniciaba su ascenso una escalera que giraba hasta llegar a la habitación principal, un pequeño salón lleno de cuadros, muebles con fotografías y libros, un par de sofás de color verde oscuro, una mesa y una televisión de esas que ya no se fabricaban.

El más viejo entró en una de las habitaciones contiguas. Mientras tanto, Adrián se fijó en las paredes, y entre aquellos cuadros llenos de vida encontró una vieja orla, la de la promoción de José. Tenía más de cincuenta años. No tardó en reconocerlo entre aquel pequeño montón de jóvenes médicos. En ese instante apareció José con un trozo de tela amarilla entre sus arrugadas manos. Era la beca que le impusieron el día de su graduación, con el escudo y una fecha bordados en negro, y los márgenes de la tela adornados con un fino cordón de líneas blancas y rojas que recorrían en espiral sus bordes. ¡Era preciosa!

-Dentro de poco tendrás una parecida. Es algo que llevarás puesto sólo unas horas, pero representará la opción que has tomado y que marcará el resto de tu vida, porque un médico, Adrián, no deja de serlo nunca, pues aunque se empeñen en poner un límite a la edad profesional, jamás podrán matar esa ilusión de la que te hablaba antes, pues eso es algo que vive ahí dentro -dijo señalando con el índice al corazón de Adrián.

Se sentaron junto a la mesa y comenzaron a charlar. Juntos empezaron a contarse anécdotas de su estancia en la facultad, pues ambos habían estudiado en Madrid. El tiempo iba pasando. Hablaron de todo, e incluso dejaron escapar alguna que otra carcajada. Allí, con las manos aún manchadas por la sangre seca del joven al que atendieron, permanecieron un rato. Sin saberlo, se estaba fraguando una bella amistad. Dejaron de conversar unos instantes. Adrián giró la cabeza y se quedó observando la

pared en silencio. Lo que miraba era la orla. José se levantó, y con sumo cuidado, la descolgó por primera vez en muchos años. Se acercó y la dejó sobre la mesa.

-¿Qué ves? -le preguntó.

-Pues un montón de caras del pasado -dijo Adrián tras fijarse atentamente.

-Yo veo algo más. Mira esas caras e intenta ver más allá. Yo veo un puñado de ilusiones, de esperanzas y de proyectos por cumplir. Cada vez que las miro no puedo evitar emocionarme al pensar en mis compañeros. Muchos teníamos los mismos sueños. Juntos aprendimos a vivir, a luchar por una misma meta común: llegar a ser médicos, pero de esos que saben escuchar, y que al hacerlo, ya están curando. Algunos de ellos han muerto, quizá con la tranquilidad de haber alcanzado sus sueños. Observo sus caras y ¡me vienen a la mente tantos recuerdos! Pero ahora todo es diferente, nuestras vidas van apagándose y los proyectos quedan ya muy lejos.

-¿Quiere que le diga una cosa? -dijo Adrián pensativo sin quitar la mirada de aquella orla-. Quizá tenga razón, en nuestra carrera no podemos perder jamás la ilusión. Hacerlo sería decir no a la vida. Hay que aprender a saborear cada segundo que pasa, cada inspiración de aire que nos regala la historia. No es difícil darse cuenta de que el tiempo es poco. La vida pasa impasible, mientras la utopía del presente observa cómo el futuro invade el pasado y le da consistencia.

-Pero en una sociedad en la que el fin último es la razón, Adrián, es difícil creer en algo inexistente, pues en realidad el futuro no es real al fluir desde lo incierto. Por eso pienso que, en este conjunto de sensaciones, que es vivir, lo único constatable es el pasado, que se hace vivo en el recuerdo.

-Pero, ¿qué es el recuerdo para usted? -preguntó el estudiante entusiasmado ante aquellas palabras.

-Tal vez la esencia de las vivencias, donde reside la esperanza de cambiar ese futuro del que tú hablabas. Me refiero simplemente a que si hoy hay algo que no nos convence, debemos buscar en el camino cada uno de los fallos que llevaron a tal situación, e intentar invertirlos hasta cambiar lo que aún está por venir. El objetivo podría ser llegar a conseguir disfrutar de cada instante, mantener esa ilusión de la que hablaba en cualquiera de las facetas de la vida.

Adrián permaneció callado, observando impasible aquellos rostros e imaginándose sus ilusiones. Al rato, miró la hora y se levantó rápidamente.

-¡He de irme! En mi casa no saben dónde estoy y son ya las doce y media de la noche.

-Antes lávate un poco, chico, que habíamos venido a eso -le recordó José-. Ya sabes dónde estoy. Si me necesitas estaré encantado de escucharte.

Adrián salió a toda prisa con Pequeño Darty, que se había pasado gran parte de la noche durmiendo. En poco tiempo llegó a su casa, cenó y se acostó sin decir nada. Empezó a pensar en todo lo que le había ocurrido. Al minuto se incorporó de nuevo, metió la mano debajo del colchón y sacó una libreta de tapas de cartón grueso que tenía una pluma metida entre las anillas, aún con muchas páginas en blanco, en la que a modo de diario solía contar muy de vez en cuando aquello que consideraba interesante. Encendió la lámpara de la mesilla y empezó a escribir:

“Hoy me he dado cuenta de que vivir sin ilusión es morir un poco más con cada segundo que pasa. La ilusión es muchas veces lo único en lo que nos podemos refugiar, mas lamentablemente cuentan que también es de lo primero que se pierde. Hay que aprovechar cada instante, cada segundo, cada momento inolvidable que vivimos, y retroalimentar esa ilusión para hacer que viva eternamente, pues muchas veces es demasiado tarde cuando miramos atrás y vemos que hemos perdido una parte importante de nuestro recorrido por la vida. Aún el camino es largo, casi no ha empezado, y es muy fácil: sólo hay que luchar por sentirse vivo.”

Había sido un día extraño. Estaba seguro de que aquel viejo hombre le hablaba con la seguridad de haber llevado una vida entera guiada por aquellos ideales. Era admirable, aunque quizá también algo complicado. Sin duda le llamaba mucho la atención esa manera de afrontar su carrera, pues significaba despertar de nuevo aquel montón de utopías que años atrás ya le habían cautivado. De alguna manera, ese nuevo personaje que había irrumpido en su historia le estaba proponiendo plantearse la vida de una peculiar forma. Mirando hacia el techo suspiró y siguió pensando hasta que, extenuado, se quedó dormido.

Un par de días después, como cada mañana, a eso de las diez, Pequeño Darty agitaba con la pata la pierna de Adrián, para hacerle entender que era la hora del paseo matutino. Los dos bajaron y dieron una vuelta por el barrio, como siempre. A lo lejos atisbaron la figura de José. El perro empezó a ladrar y a mover la cola tirando del brazo de Adrián, que aligeró el paso hasta llegar a su altura. Iba muy bien vestido, con traje de chaqueta y una rosa amarilla en la mano.

-Voy a ver a María, ¿te vienes?

-Hombre, no quisiera molestar...

-¡No seas tonto! Es más, quiero que la conozcas. Voy a visitarla a menudo, y siempre le llevo una de estas rosas, eran sus preferidas.

-La quería mucho, ¿verdad?- preguntó Adrián mientras caminaban.

-Con locura. El día que fue diagnosticada de cáncer, en un momento en que ella no me veía, empecé a llorar como un niño pequeño, porque era consciente de que había empezado a perder gran parte de mi vida. Me sentía como el que ve derrumbarse un proyecto para el cual ha empleado todo su tiempo e ilusión. Aun rodeado de gente, ¡me sentía tan solo...!, pues la persona que había querido compartir mi vida todo aquel tiempo comenzaba a marcharse.

-¿Y su familia, no les apoyó?

-Claro que sí, pero ellos viven todos lejos de aquí. Venían de vez en cuando, pero pronto volvían a marchar. Si te digo la verdad, encontré el refugio en la persona, pues así es como yo la veo, a quien me habían enseñado a rezar desde niño en mi colegio. Siempre lo hago. Suele ser la primera en enterarse de todo lo que me ocurre. A ella le debo mucho. Quien no me entiende pensará que estoy loco, pero no miento cuando digo que su compañía me fue fundamental.

Adrián, que nunca había sido muy partidario de pertenecer a ninguna religión, respondió:

-Es lógico, cada uno busca apoyo donde puede. Debió pasarlo mal.

-He sufrido mucho. Habíamos estado muchos años juntos. De vez en cuando aún necesito verla, hablarle, contarle qué de nuevo acontece en mi historia. Necesito mirarla y descargarme de sinceridad. Por eso suelo ir a verla, porque es muy grande esta sensación de impotencia. Todo esto me ha hecho pensar. Pretendo verlo desde otros ángulos, pero siempre acabo observándola. Y es que, por muy fuerte que seas, es difícil mantener en alto la ilusión por la vida ante una situación así. Yo, al menos, sigo muriendo un poco más cada día que pasa. ¡Son tantos recuerdos!, ¡tantos sueños compartidos! Pero la vida sigue imparabile su rumbo, y hay que intentar sobreponerse. A veces le pido al Señor que me enseñe a dejar de querer, a dejar de sentir, y que me enseñe también a resignarme a morir solo, porque sin ella, Adrián, no soy yo. A veces le pido a la vida que me muestre cómo se mata el dolor, pues mi corazón sangra, y que me diga si algún día volveré a soñar como lo hice antaño.

Cuando llegaron al cementerio, tras cruzar una gran puerta de color ocre a través de la cual podían distinguirse decenas de cruces y flores, se dirigieron a la tumba de María. Allí se encontraba, bajo la sombra de un pórtico que la resguardaba de la lluvia y

protegida por una bruñida piedra de granito cubierta de flores amarillas, algunas ya marchitas, una por cada visita. Lentamente se agachó y allí, de rodillas, alargó la mano, temblorosa, y depositó con cuidado otra rosa más, mientras una lágrima resbalaba por sus mejillas hasta caer sobre la lápida, junto a una de las letras de una frase que decía: “A quien quiso compartir mis sueños”.

Permanecieron de pie unos minutos más, pero el día se estaba nublando y decidieron volver.

-¿Sabe?, ayer por la noche, al llegar a mi casa, empecé a darle vueltas a la cabeza, pensando en todo lo que habíamos hablado -dijo Adrián intentando evitar hablar más de María-. Y llegué a una conclusión: usted me ha hablado de saber valorar cada cosa, por pequeña e insignificante que sea, y de aprender a sobreponerme ante las dificultades que puedan plantearse. Y ahora que le escucho no puedo evitar decirle que para mí usted, a pesar de que aún lo conozco poco, es alguien importante, y que, si quiere, voy a estar a su lado cuando me necesite.

-Muchas gracias, te lo agradezco de veras, porque aunque no te des cuenta ya me estás ayudando.

Llegaron a la plaza, junto a la fuente en la que hablaron por primera vez, y tras despedirse, cada uno siguió hasta su casa. Ese hombre no dejaba de cautivarle. Había conocido su lado más humano y era consciente de lo mucho que podía aprender a su lado.

Durante los días que restaban de vacaciones, José y Adrián tuvieron varios encuentros. Hablaron de casi todo. Poco a poco, a pesar de que no había salido de la ciudad, el de ese año se estaba convirtiendo en un verano inolvidable. Pero la realidad era que a los pocos días empezaban las clases.

Por fin llegaba el último año de la carrera para Adrián. En pocos días tenía que partir y no quería marcharse sin tener elaborado aquel proyecto de futuro del que un día estuvieron hablando, de forma que se presentó una vez más en casa de José, tomaron café y abordaron el tema.

-Un proyecto personal, Adrián, se define con tres puntos: lo que tú eres, el objetivo u objetivos que te propones alcanzar y los medios eficaces para conseguirlo.

En cuanto a lo primero, tienes que tener en cuenta tus propias posibilidades, capacidades, habilidades,... así como tus limitaciones y condicionamientos negativos, en el momento actual en el que te encuentras. Te estoy hablando de hacer una especie de chequeo a tus modos de pensar, de sentir, de relacionarte...

Lo segundo exige formular, con el corazón y con la profundidad y objetividad de la reflexión, el objetivo fundamental, de forma que te motive eficazmente. Aquí es donde entran en juego tus valores personales.

En relación a lo tercero, hay que delimitar acciones, modos, espacios, tiempos, estrategias, recursos, etc., de manera que sean eficaces para conseguir los fines propuestos.

Esto es lo que un día hice yo, jovencito, y medio siglo después, sigo luchando, en la medida de lo posible, por seguir adelante con aquellos ideales.

Adrián se interesó por conocer el contenido del proyecto de su viejo amigo, pero José no accedió a contárselo.-Eso es algo que cada uno lleva dentro y que sólo transmite día a día, en cada situación con la que se encuentra- le contestó.

Adrián arrancó un trozo de papel de un periódico que había sobre la mesa, manchado de café y algo arrugado. Pidió un bolígrafo y se puso a escribir. José, sonriendo, se levantó y marchó a su cuarto a echarse un rato. Permaneció allí anotando ideas casi una hora.-¡Ya lo tengo! -dijo radiante- Fue a buscar a José, pero lo vio durmiendo y decidió no despertarlo, de forma que sigilosamente bajó las escaleras y se marchó sin hacer ruido.

En realidad este proyecto, aun centrado en su vida profesional, abarcaba mucho más, englobaba todos los aspectos de la vida, y era útil en cualquier campo.

Pasaron los días. Llegó el otoño y con él de nuevo las clases, los exámenes, los agobios... aunque también la posibilidad de ver de nuevo a sus compañeros de siempre y de empezar a poner en práctica lo aprendido durante el verano. Adrián preparó las maletas y marchó, aunque nunca solía estar fuera más de quince días seguidos, pues volvía cada dos fines de semana, tras los cuales era obligada una visita a quien se fue convirtiendo en su inseparable compañero.

La verdad es que ese año aquel joven estudiante no pasó desapercibido por su facultad. Quiso poner su grano de arena para convertir aquellas aulas en la mejor residencia para la alegría y la ilusión por vivir. Se dio cuenta de que en Medicina no todo era estudiar. Se esforzó por hacer ver a los que le rodeaban que estaban escasos de alegría, que debían ser profetas de la alegría, contagiarse unos a otros de la intensa aventura que es vivir y no actuar como masas inertes que se cruzaban en los pasillos sin más. Tenían que luchar por ¡estar siempre despiertos!, por ¡estar siempre alegres!, y empezaron a soñar con un futuro distinto. Formaron un grupo de gente dispuesta a cambiar los esquemas, decidida a renunciar a parte de su tiempo. Y es que era cierto que

en aquel ambiente hacía falta una buena dosis de humildad. Sobraba prepotencia. Tenían que tener en cuenta que, a pesar de estar en una sociedad y en una época en la que el médico era considerado como un Dios, en la triada enfermo, enfermedad y médico eran los más insignificantes, pues cada paciente era como un libro del cual continuamente aprendían y la esencia de la enfermedad se les escapaba. Juntos promovieron encuentros, charlas, fiestas benéficas, e incluso fundaron el “aula de la solidaridad”, destinada a traer a la facultad la realidad del mundo exterior, y luchar así contra el conformismo y consumismo.

Fue un año inolvidable que, lamentablemente, pasó volando. Casi sin ser consciente llegó el día en que sentado en aquel lugar que llamaban paraninfo, el decano le entregó la beca que le identificaba públicamente como licenciado en Medicina y Cirugía. Desde allí arriba, al mirar al fondo, encontró junto a la puerta del final de la sala la imagen de José, algo encorvado como siempre, apoyado en su bastón, hecho que sorprendió a Adrián, pues días antes le había comentado que no iba a poder asistir por encontrarse resfriado y por ser un viaje algo largo.

Al acabar el acto corrió a buscarle. Lo encontró en una de las esquinas, esperando a que los pasillos se despejasen de gente, por miedo a que lo tirasen al suelo. Al verlo, le dijo:

-¿Qué hace aquí?, ¿no dijo que no vendría?

-Enhorabuena por lo que has conseguido, -le contestó con lágrimas en los ojos.

-¿Qué le pasa?, ¿por qué llora? –preguntó Adrián poniendo la mano encima de su hombro- ¿Va todo bien?

-Estoy aquí para decirte que me voy, Adrián. Me voy quizás para siempre. Mis hijos vienen mañana a por mí. Lo he pensado y creo que es lo mejor. Dentro de poco yo ya ni podré andar. Mi deteriorada salud me impide estar solo. Incluso a veces me siento como la flor que se queda sin agua, o tal vez como el desalmado canto de una solitaria cigarra.

-Pero... –intentó decir el recién graduado.

-¡No me digas nada, por favor!, porque a mis años, Adrián, vuelvo a tener miedo, y podrías convencerme. Lo que te quería decir es que tú, sin saberlo, me has ayudado mucho. En ti he visto al atrevido joven cargado de ilusiones que un día fui; contigo he aprendido a mirar al futuro de la alocada forma en que un adolescente vive el presente. Por eso te doy las gracias, compañero.

Adrián permaneció callado, mirándolo a sus azules ojos.

-Ahora he de irme, pero antes quiero darte esto –refirió José-, y sacó de una bolsa la antigua beca que, cincuenta años antes, le habían impuesto a él. Es un recuerdo para siempre –concluyó- y marchó por donde había venido.

Adrián quedó de pie unos instantes, impasible ante lo que acababa de acontecer. Poco después caminó hacia los jardines y se sentó solo en uno de los bancos. Todo estaba oscuro, apenas iluminaba la luz de la luna. Agachó la cabeza, se llevó las manos a la cara y empezó a llorar sin lágrimas, porque a veces el verdadero llanto no es el que se ve, sino el que se siente, pues el sufrimiento, en esencia, brota del corazón, del mundo interior de las personas, de allá donde brotan los sueños, el cariño y la esperanza, de aquello que sólo se abre una vez para albergar lo desconocido. De allí brota el primer llanto, que en un suspiro inunda los ojos, signo expreso del dolor y, sólo a veces, llega a transformarse en lágrimas.

Cada uno siguió su camino. Había pasado un año desde que se conocieron y no era fácil adaptarse a vivir tan lejos.

En poco tiempo tenía que incorporarse al mundo laboral, sin exámenes ni pruebas de acceso, pues en aquella época eso del MIR aún quedaba muy lejos. A las pocas semanas, cuando todo parecía estabilizarse en su vida, Adrián recibió una carta. Era de José. Contento corrió a abrirla. En ella le decía muchas cosas. Estaba muy bien, lleno de ilusión y ganas de vivir. Además le contaba que en siete meses iba a ser abuelo por cuarta vez. Por último continuaba una conversación acerca de la relación médico-paciente que semanas atrás, debido a sus últimos exámenes, había quedado pendiente.

“No sé si recordarás que el último día que estuviste en mi casa me pediste mi impresión sobre la relación que el médico debe mantener para con el paciente. Pues bien, en mi opinión, llegará un día en que en la relación médico-enfermo ambos se sitúen al mismo nivel. La opinión del paciente contará más. Debes adelantarte a ello. En verdad creo que debes actuar así, pues no cabe duda de que esto cambiará en las próximas décadas. Sin embargo, aunque así fuese hoy, el problema estribaría en que pocas veces el médico es consciente de lo que el enfermo espera de él, o mejor dicho, aunque frecuentemente es consciente de ello, pocas son las veces que responde a las demandas que el paciente requiere, ya sea por escasez de tiempo, por haberse dejado dominar por la rutina diaria o por falta de conocimientos en el terreno psicoafectivo que le hace vivir distante de aquel al que atiende. Por tanto, mi consejo es que sepas mirar más allá de donde el paciente quiera mostrarte.

Tú que ya has estado en una consulta ambulatoria, te habrás dado cuenta de que muchos de ellos acuden para recoger sus recetas quincenales. Todas estas personas, la mayoría de las veces, no buscan que desaparezcan por arte de magia cada uno de los síntomas de sus achaques ya crónicos (hace mucho que desistieron de vivir sin ellos), sino simplemente sentarse un rato allí delante para contar, entremezclados con sus dolores, las penas y angustias que les hacen afrontar con tristeza esa última parte de su vida. En esos casos también hay que saber ser médico, Adrián. Algunos de ellos no tienen a nadie más que les escuche un rato. No obstante, con esto no pretendo hacerte entender que los conocimientos teóricos sean de poca utilidad, sino que al margen de ellos, que son lo primordial, existe un mundo de experiencias inexploradas en los libros (al menos en aquellos que nos hacen estudiar) y que son muchas veces la razón de la visita al médico. Recetar una caja de pastillas sin intentar vislumbrar el verdadero motivo de la consulta de aquel que se sienta en frente, significa posiblemente hundirlo aún más en su real enfermedad, que es la que no cuenta.

En definitiva, en un mundo en el que el enfermo es tratado y se siente, generalmente, como un número, una enfermedad, un caso interesante, un mero consumidor de servicios y medicamentos, un objeto de cuidados, etc... y teniendo en cuenta la especial psicología que caracteriza a las personas en tal situación, complacer al enfermo no es fácil, pues lo que para uno es beneficioso, para otro es perjudicial. Una palabra o un gesto que un enfermo recibe de buen grado en una determinada fase de su enfermedad, lo desalienta o irrita en otra fase. Hay que hacer el propósito de mantenerse en todo momento abierto a la situación y estado en que el enfermo dé muestras de encontrarse. De esta forma puede que muchas veces te encuentres impotente para quitarle la carga de sus hombros, pero seguro que habrás aligerado su corazón. Muchas veces esta es la realidad, y poco más podremos hacer”.

A partir de aquí varios fueron los encuentros que mantuvieron por carta. Adrián, de vuelta en su ciudad natal, quiso profundizar en la Medicina Interna. Nada más le asignaron una de las consultas, sacó un folio de la carpeta y lo colgó en la pared. Era una selección de las frases más llamativas para Adrián de las cartas de José. En ella se podía leer arriba con letras grandes: “Lo que no nos suelen enseñar:”, y debajo, separados por puntos, una lista de guiones a modo de una especie de manual del buen médico:

- En el trato con el enfermo es necesaria la sencillez y una gran delicadeza. Nunca olvides que el dolor agudiza la sensibilidad.

- Muchas veces lo más importante es saber escuchar.
- No le compadezcas nunca. No testimonies lástima jamás. Límitate a demostrarle que te entregas sin reserva.
- Para comprender al enfermo, es necesario ponerse en su lugar. Es muy difícil, pero si no intentas hacerlo, es inútil discutir y razonar con él.
- Los médicos que se ocupan de los enfermos sólo por cumplir su obligación y lo hacen con falta de cariño en su conducta y trato, inducen a pensar que son para ellos únicamente instrumentos y medios para su propia satisfacción.
- Sé optimista en todo momento. Siempre alegre. Aun en los momentos más agudos de dolor, pues siempre habrá una ranura para dejar pasar la esperanza y un surco para sembrar la alegría.
- Una conversación apresurada perturba el orden del tiempo que caracteriza el lecho del dolor y deja al enfermo desconcertado, inquieto o abatido.
- No hables con otros acerca del enfermo delante del mismo. Una de las peores experiencias para él será pensar que ha quedado convertido en un objeto.
- Al enfermo no le suele gustar que entren en la habitación de manera sigilosa y con semblante compasivo.
- Ten paciencia en oír sus quejas, aun sabiendo lo que va a decir.
- El enfermo nota unas pequeñeces que para la persona sana pasan desapercibidas. Él no puede cambiar de lugar y, muchas veces, ni de postura. Por tanto, la cama es de dominio del enfermo. No te sientes ni tampoco des golpes sobre ella.
- Si casi siempre es necesario establecer un tratamiento, más aún lo es darte a ti mismo en cada caso.
- Hay que comprender al enfermo, pues muchas veces no tenemos en cuenta el estado de soledad en el que se encuentra, el que sea introvertido y hable mucho de su enfermedad (que es lo que le preocupa), el que manifieste sus múltiples molestias, el que esté inquieto con respecto a su familia, angustiado,...
- No debes olvidar el valor que tiene la simple presencia del médico en la habitación.
- No olvides el derecho a su intimidad, personalidad y dignidad humanas.
- Y sobre todo, cada día, al levantarte, dale gracias a la vida por poder seguir disfrutando de una carrera apasionante.

Al final de la hoja se podía leer de nuevo con letras más grandes: “Piensa que tal vez un día la vida te escogió para ser médico para siempre”.

Cada mañana buscaba un hueco para leer aquella hoja y revisar el proyecto que se había propuesto meses atrás. Fue pasando el tiempo. Pronto acabó su primer año. Más de una vez se planteó visitar a José, pero al final siempre fracasaba en el intento.

Día a día aprendió a afrontar cada nueva jornada que llegaba lleno de ilusión. Nunca cesó en su intento por superarse, y en poco tiempo consiguió llegar lejos, empezando a convertirse en un médico de cierto prestigio, pero no en las revistas de investigación ni en los periódicos, sino en las peluquerías, carnicerías y en las partidas de mus y dominó; es decir, entre sus propios pacientes, que era lo verdaderamente importante para él. Uno de aquellos días, sentado en su sillón, al acabar de pasar consulta, se puso a recordar la forma en que su vida cambió a partir del momento en que conoció a aquel viejo hombre de pelo cano y ojos claros, encogido, cabizbajo... y se dio cuenta de que gran parte de lo que había logrado era gracias a él. Aprovechando que las navidades estaban a la vuelta de la esquina y que por fin tras tres meses tenía un fin de semana libre, llegó a su casa, cogió un pequeño maletín, metió la ropa justa para un par de días: un pantalón, un par de camisas, y un buen chaquetón para mitigar el frío de aquellos gélidos días de invierno, y salió dispuesto a darle una sorpresa a José. Apenas había cerrado la puerta cuando escuchó el sonido de un trueno y, al momento, comenzó a chispear, cada vez más fuerte. Antes de subirse al coche corrió hasta el buzón y sacó la correspondencia. Había una carta metida en un amplio sobre amarillo sin remite. La abrió apresurado mientras se aligeraba en llegar al coche y dentro encontró dos sobres más pequeños. Enseguida reconoció uno de ellos. Era una de sus propias cartas, la última que, un par de semanas atrás, había enviado a José. Al sacarla, la otra cayó al suelo. Confuso se agachó y la recogió, aunque ya se había llenado de barro. Estaba firmada por uno de los hijos de José, que con una escueta frase decía en el remite: “La razón de que le devuelva esta carta es el fallecimiento de mi padre. Creí conveniente hacerle llegar estas letras, que dejó escritas en un sobre sin sello que no llegó a enviar.” Adrián se quedó allí, de rodillas, absorto, ausente, mirando a un cielo sin estrellas, enmudecido, resignado ante el devenir de la vida y preguntándose el porqué de la muerte de su amigo.

Aquella última carta decía:

“Adrián, estoy muy enfermo. No sé lo que va a ser de mí. Sólo quiero darte las gracias por haber hecho mi vida un poco más feliz. Quiero que le digas a María que esta noche he pedido al Señor que me enseñe a volar para marcharme lejos, donde no haya nadie y poder llorar tranquilo, y gritar al cielo, tal vez ya oscuro, para que me deje ver

sus estrellas. En especial a ella, dulcemente dormida, porque allí la dejé, de donde la traje, cuando en mis sueños sólo había nubes blancas. Así, dentro de poco volveré al lugar de mi esperanza, esta vez para acostarla y arroparla en el frío de la noche, una noche quizás, seguro, interminable...

Para terminar, compañero, permíteme sólo un consejo: debes convertirte en artista de la vida, en pintor de la alegría. Deja volar tus sueños, deja crecer tus proyectos, haz de tu vida fuente de esperanza permanente por conseguir aquello que anhelas. Compañero, vuela alto, fuerte, con mirada decidida e ilusión de acero hacia un cielo sin estrellas, allá donde puedas dibujarlas a tu manera. Y una vez pintado el cuadro, dedícate a embellecer cada uno de sus trazos, sin olvidar que en un cielo cercano otro artista trabaja en su obra, incesante, cada uno en su parcela, creando un óleo invulnerable, a pesar de que habrá días en los que el cielo esté gris, y las nubes, a lo lejos, vaticinen tormenta. Sin embargo, circunstancias del destino hicieron que hoy nuestros cielos estén cerca, y que tu tormenta, compañero, sea nuestra tormenta. Con el transcurso de los años la vida presenta obstáculos difíciles de salvar por uno mismo. Desaparecen la ilusión, la fuerza, las ganas de vivir,... pero hay personas que siempre estaremos ahí, cercanos en el cielo, vecinos eternos.

Buenas noches Adrián, que duermas bien, como yo intentaré dormir, resignándome a cerrar, tal vez por siempre, mis ojos ya inundados por el llanto. Esta noche he muerto un poco más, me he hundido en la ignorancia de una vida que se acaba”.

Sus lágrimas se fundían con el agua de las nubes, que caía sobre su cara. Entonces comprendió que a veces el cielo también llora, y que esas gotas podrían proceder del llanto de miles de estrellas, fieles espectadoras de una vida tan cargada de ilusión, que resignadas ante la impotencia de estar tan lejos, transformaban su pena en lágrimas. Entonces Adrián separó los brazos, se levantó y comenzó a dar vueltas, y no cesó en su intento por empaparse con cada trocito de cielo que caía, porque de esa forma se sentía cerca de su amigo, que se había alejado de este mundo para convertirse en una de aquellas estrellas. Quizás porque siempre pensó en la muerte de la forma en que nos la muestran de niños, en la que las personas, cuando han sido tocadas por la magia del cariño, al morir, van al cielo, y una vez que llegan, se convierten en estrellas.

Al día siguiente fue al cementerio y, sin la certeza de encontrarlo, se dirigió al lugar en el que descansaba su esposa. Allí, bajo aquel pórtico, lo halló, junto a María. Abrió una bolsa de papel, desdobló la beca que le entregó el día de su graduación y, con

cuidado, la colgó en la cruz que coronaba su lápida, al mismo tiempo que repetía en voz alta la última frase de aquel folio que tenía en su consulta: “Piensa que tal vez un día la vida te escogió para ser médico para siempre”.

Seguidamente se metió la mano en el bolsillo y sacó aquella última carta y, junto a una rosa recién cortada, más amarilla que ninguna de las que marchitas aún permanecían allí, la depositó a los pies de su esposa. Con semblante serio se dio media vuelta y, a paso lento, se marchó sin decir nada, dejando tras de sí la estela del puñado de sueños cumplidos de los que aquel adorable viejo fue dueño. Y siguió caminando por su vida de la mejor forma posible, con rumbo desconocido hacia un futuro incierto, y en su mente el sinsabor de saber escoger el sendero adecuado en un laberinto cada vez más enrevesado, hasta llegar con el tiempo a esa etapa en la que, viendo ya cerca el final de la historia, todos nos comportamos de nuevo como niños. Por eso, como decía al principio, ahora que soy un viejo carcomido por el paso de los años, puedo mirar al pasado con la certeza de haber alcanzado mis sueños, quizás porque aquella historia fue real, tal vez porque fue mi historia. Y no miento si digo que nunca hasta hoy había hablado con nadie de aquel anciano, mi viejo amigo, y que gracias a él, aprendí a ser médico, cuando apenas era un joven lleno de ilusión que ingenuo pretendía tocar sus sueños, caminar por cuerdas flojas sorteando las alturas, como un saltimbanqui en un circo sin leones, ni chisteras. Años después sigo observando aquellas páginas, ya grises y agrietadas, con la alegría del deber cumplido.

Por eso hoy, décadas más tarde, aún guardo en la cartera aquel trozo de papel de periódico manchado de café, en el que quise plasmar la esencia de un proyecto que ha marcado mi vida. Mi único objetivo fue vivir con ilusión cada instante ante un futuro lleno de posibilidades, no sólo en mi profesión, sino también al ras de lo cotidiano, en lo de cada día, teniendo como base dos firmes pilares, la solidaridad y la entrega, convirtiendo cada segundo en la oportunidad de alcanzar un sueño, y cada suspiro en la esperanza de volver a respirar.

De esta forma, llenos de expectativas por cumplir, supongo que seguimos todos hasta que un día, sin pensarlo, al ser conscientes de la fugacidad de la vida, algo nos hace volver a ese lugar especial en el que empezamos a construir nuestro proyecto, quizás para pasear por sus rincones, tal vez para verlo todo desde fuera y así aprender a disfrutar, tranquilamente, cada instante del pasado, y con cada paso intentar enhebrar los recuerdos entre los que un día comenzamos a inventar nuevos sueños. Así, al llegar a mi banco de siempre, el que aún sigue junto a aquella vieja fuente, me sentaré de nuevo, y

entre el ajetreado vaivén de los que se crucen en su mundo, buscaré el rastro de la ilusión de los que hoy formamos el nuestro, aquellos que un día sucumbimos ante la brevedad del canto de la cigarra.

Juan José Giménez Ruiz